

---

## Teatro

---

«La Tierra es redonda», de Armand Salacrou

---

# Savonarola está aquí



Se podría definir al fraile predicador Girolamo Savonarola como una bestezuela de la Edad Media sobrenadando en el Renacimiento que comenzaba. La versión que de él ofrece «La Tierra es redonda», de Armand Salacrou (obra de la que recogemos esta escena), no llega a abarcar fielmente la complejidad del personaje.



Entre 1452 y 1498 discurrió la vida del florentino Girolamo Savonarola, cuyo retrato realizado por Fray Bartolomeo y que se conserva en el convento de San Marcos de la ciudad natal del predicador, figura sobre estas líneas. Es Savonarola un personaje polémico, ambivalente, difícil.

**E**L fraile predicador Girolamo Savonarola (Florencia, 1452-1498) fue una figura mas compleja de lo que revela la obra de **Armand Salacrou «La Tierra es redonda»** (Teatro María Guerrero de Madrid, versión española de Máximo). Era una bestezuela de la Edad Media sobrenadando en el Renacimiento que comenzaba; pero al mismo tiempo que llegaba con retraso, se adelantaba a lo que personajes como Lutero y Calvino llegarían a ser después. Su aparición como un fascista «avant la lettre» en esta obra de teatro se debe en parte a unas adhesiones temporales que estaban en la cabeza de quien la escribió, y del público que la contempló, hacia 1938, cuando lo que preocupaba vitalmente a Europa era Hitler, Mussolini y sus adictos; en parte principalísima a la contracción que ha hecho Máximo —un escritor de honda cultura y de un penetrante sentido del humor— para nuestro tiempo y nuestro lugar. Es una contracción de tiempo —el original es demasiado largo para las costumbres teatrales españolas y para la abulia del público que tiene un intelecto perezoso y cansino para la cultura— que lleva a una manifestación concentrada de la paráfrasis del fascismo. Salacrou se asombró indebidamente de que se diera a su obra un carácter político, según cuenta en sus recuerdos y en sus notas. Asombro indebido porque no quiso

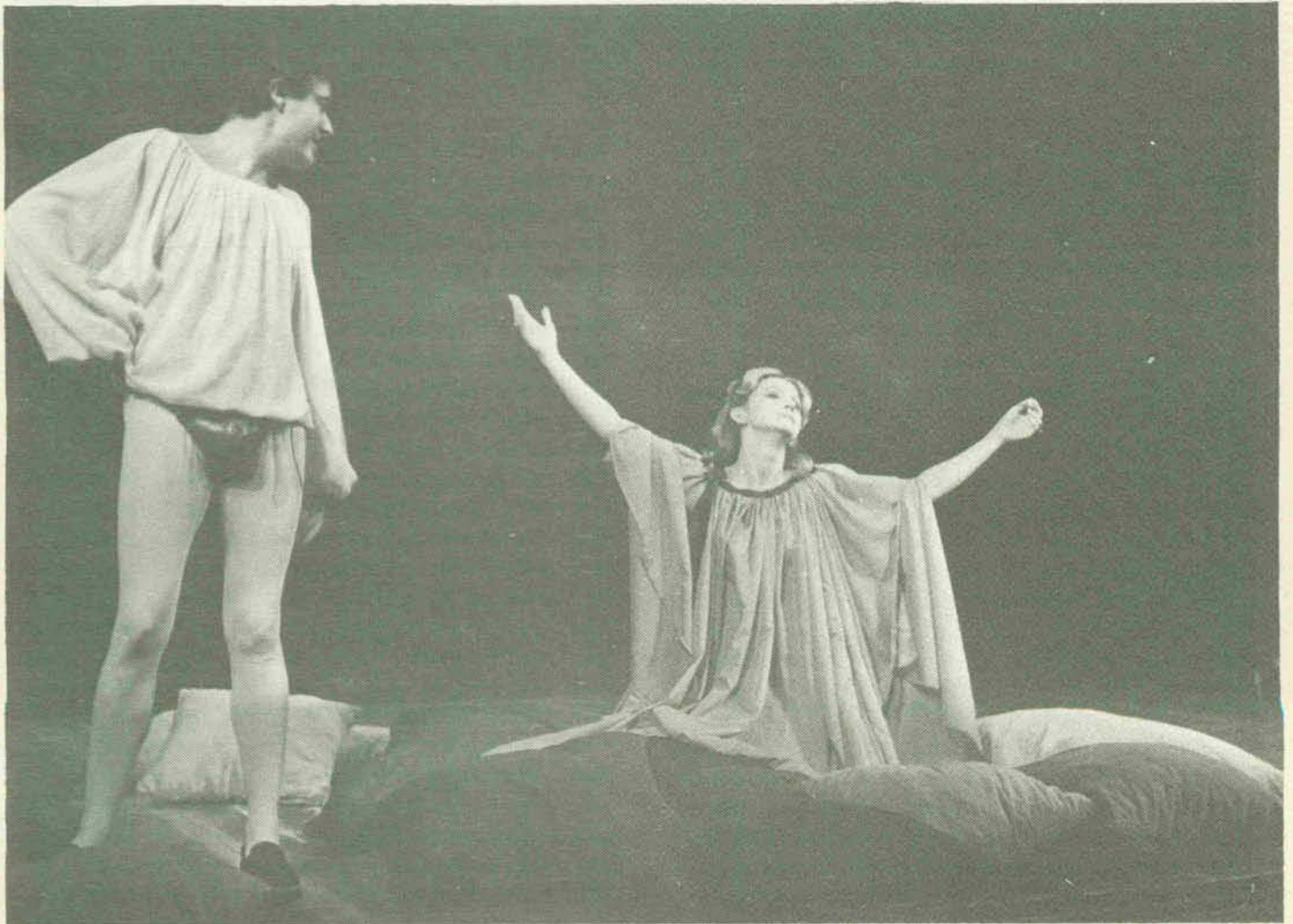
tener en cuenta que estaba transportando una corriente de miedo y de indignación de su tiempo. En un principio, hubiera querido hacer un largo drama histórico con el título «Savonarola». Luego, se negó a ser histórico y también a ser político: pero le salió una obra que reclamaba su época y debió a ello ser, después, Salacrou. Un escritor importante de nuestro tiempo. A Máximo, en cambio, no podría sorprenderle la acusación de haber hecho una versión política: está claro que ha querido hacerla así, y muy adecuada al momento en que vivimos, en el que cualquier día puede aparecer un Savonarola recogiendo todas las tendencias sueltas de inconformidad, terror, cambio de época, superstición, que andan sueltas.

Para percibir todo lo que esta obra contiene tendríamos que hacer tres apreciaciones simultáneas. Una, la del autor y su tiempo; otra, la del adaptador y el nuestro. Una tercera, la que atañe a Savonarola y su época. Aún sólo con esta última, logramos una curiosa aproximación a las otras dos. A condición de hacer, como hace Máximo —y es lícito—, algunas abstracciones históricas, algunas reducciones a esquemas. Si volvemos a encontrarnos con lo que llamamos fascismo, no será sólo responsabilidad de esta concentración, o de este esquematismo, sino de la persistencia de un viejo fenómeno que es alotrópico según la historia, pero que tiene siempre la misma formulación química.

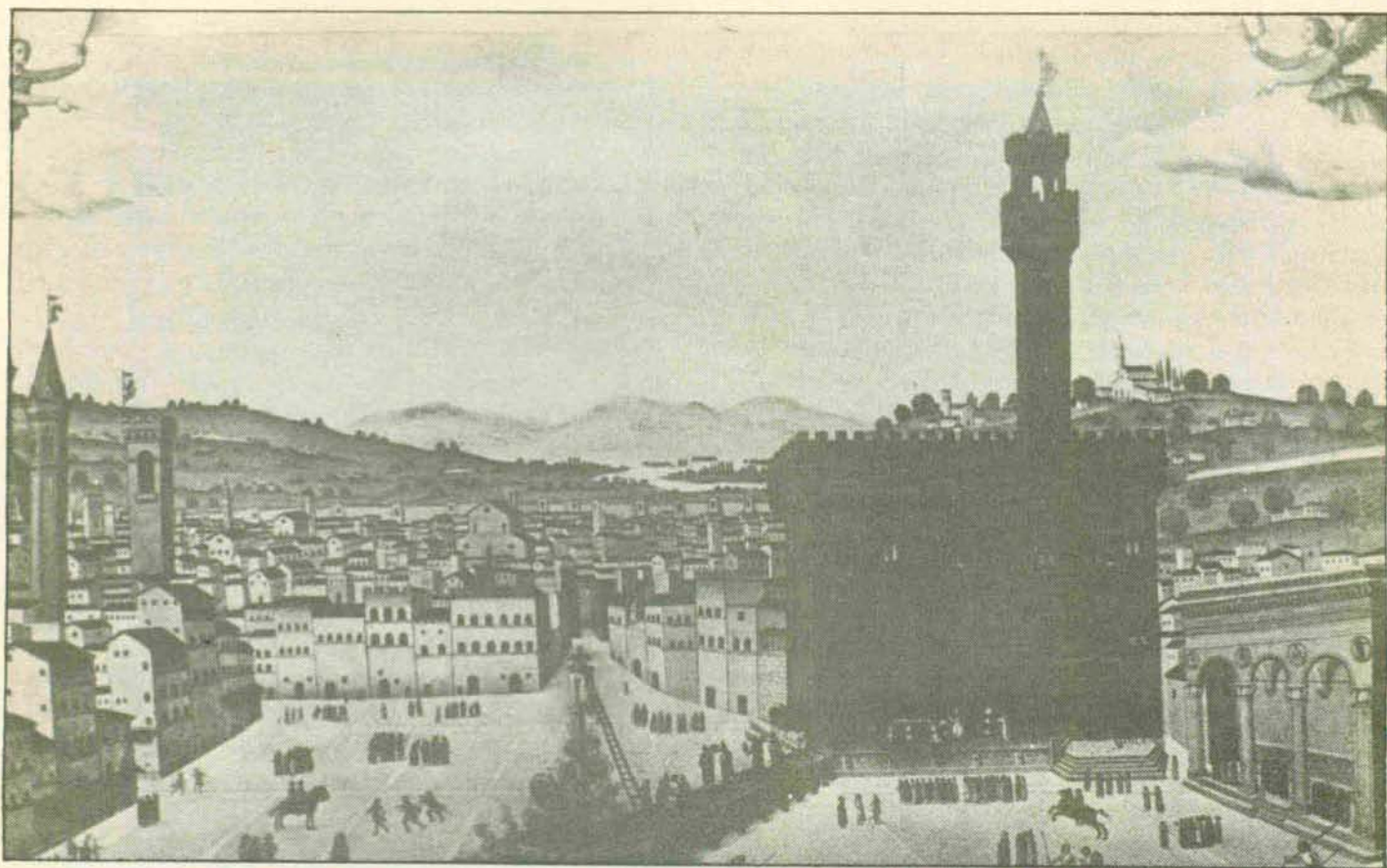
Florencia, en los siglos XIV al XVI, es un microcosmos. Se producen en ella situaciones agudas de lucha de clases, intentos de democratización, formas de República y de dictadura, encuentros entre formas de cultura humanística que aparecen con supersticiones que tardan en sumergirse. Hay en ella tendencias de la sociedad hacia costumbres de las llamadas disolutas —especialmente, las sensuales—, como en todo grupo que se libera. Antes del nacimiento de Savonarola se había producido ya lo que se llama «el tumulto de los **ciompi**» o los **sottoposti**: los obreros explotados de la industria textil. Era un problema agudo de clases sociales en una sociedad en transición. Las antiguas oligarquías de la aristocracia, de la sangre, estaban siendo sustituidas por el poder de lo que hoy llamaríamos industriales. Dominaba una clase de nuevos ricos sobre una clase explotada: era el **popolo grosso** sobre el **popolo minuto**. El «tumulto» —que no llegó a ser revolución— de 1378 no tuvo un éxito directo —como de costumbre—, pero removió la situación y creó una política distinta. De ella nació el poder de una familia,

los Medicis, que comenzarían su poder con una cierta demagogia en favor del pueblo «minuto», menudo, pequeño: de los pobres. No sin ciertas ambigüedades o facilidades. Silvestre de Medicis era encargado de justicia en la época del tumulto: se movió en favor de los tumultuosos y comenzó a multiplicar su fortuna. La política populista de los Medicis se mantuvo, hasta el punto de que el jefe de la familia en 1443 —Cosme, sobrino nieto de Silvestre— tuvo que irse al exilio, obligado por la oligarquía industrial; pero sucedió una crisis económica grave y tuvo que ser llamado a gobernar, lo cual hizo precipitando al exilio a su vez a quienes antes le habían expulsado. No puede uno resistirse a la ironía de comparar a Cosme de Medicis a nuestro genio local, don Adolfo Suárez, y a su partido de centro. De Cosme dijo años más tarde Maquiavelo —Maquiavelo era un florentino de dos años cuando Savonarola ascendió a la hoguera— que había gobernado Florencia por «medios civiles». La República: diríamos ahora, la democracia. Cosme respetó las leyes republicanas, las

acrecentó. Pero cuidándose de colocar en todos los puestos de gobierno y responsabilidad a los suyos: exclusivamente a su partido, y en esa época un partido era una familia, y aquellas familias eran extensas. Una democracia invadida, asegurada. Cosme murió, le sucedieron sus hijos Julián y Lorenzo; pero Julián fue apuñalado en un acto de «terrorismo», y Lorenzo vio la ocasión de reprimir ese atentado con unas leyes de excepción —¿una «ley de defensa de la democracia»?—, una serie de exilios y de penas de muerte. La República de Florencia se fue convirtiendo en Señoría. Y una aristocracia nueva comenzaba a aparecer. Fue en este tiempo cuando apareció Savonarola. No venía del vacío, sino de una profunda corriente religiosa y de una tradición de austeridad. Venía del «milenarismo». El milenarismo era una interpretación del Apocalipsis (20, del 1 al 6): «Ya agarró al dragón, esto es, a aquella serpiente antigua que es el diablo, y Satanás, y le encadenó por mil años...». La idea general es que al cabo de un período de mil años, Cristo reinaría otra vez. Habría un



Florencia, en los siglos XIV al XVI, es un microcosmos. Se producen en ella situaciones agudas de lucha de clases, intentos de democratización, encuentros entre formas de cultura humanística y ancestrales supersticiones. Ambiente que intenta recoger «La Tierra es redonda», otro de cuyos momentos vemos.



Savonarola moriría de la manera que muestra el grabado adjunto: quemado en la florentina Piazza delle Signoria, siendo arrojadas sus cenizas al río Arno. Los franciscanos le combatieron implacablemente hasta conseguir que su cuerpo se consumiese en la hoguera.

«pastor angélicus», un Anticristo. La idea rondaba la época desde siglos atrás. En Europa se representaba una comedia alemana, «Del surgimiento y caída del Anticristo» que recogía las doctrinas milenaristas. Joaquín de Fiore (m. 1201) ya había predicado lo mismo que Savonarola, dos siglos antes.

El cosmos en el que apareció Savonarola tenía estas características: unos enfrentamientos agudos de clases sociales (con distancias mucho mayores aún de lo que conocemos en nuestras sociedades europeas contemporáneas); una disminución de fe en las autoridades (los Medicis ya no figuraban como defensores del pueblo pequeño, sino como príncipes tiránicos y enriquecidos); una falta de fe en las creencias antiguas (la religión estaba dañada por los descubrimientos científicos y los procesos mentales de los humanistas, como los que se derivaban del descubrimiento de «la Tierra es redonda», etcétera); una confusión de los intelectuales que iban más allá de lo permitido, pero que no estaban exentos de supersticiones. Y unos acontecimientos externos a la localización del drama, pero gravitantes sobre él: la peste periódica, la aparición de la sífilis, la aparición de fuerzas extranjeras (Carlos VIII invadía Italia desde Francia) que podían ser explotadas en ese terreno de cultivo: la peste era el

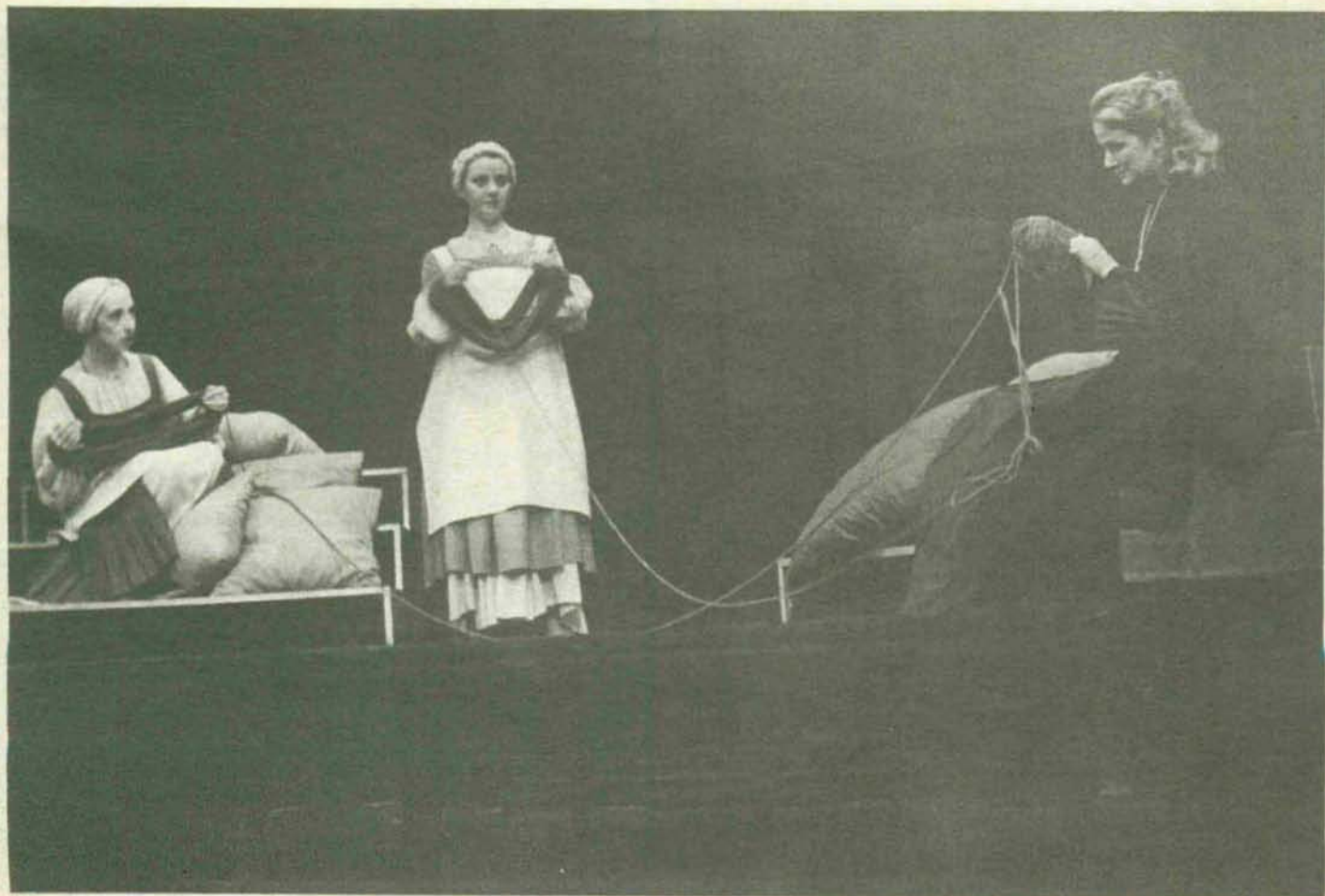
azote de Dios, la sífilis era el castigo por la corrupción de las costumbres, y los ejércitos extranjeros se utilizaron en dos sentidos distintos: el castigo sobre Roma corrupta, y la señal de Dios de que Florencia estaba exenta (Carlos VIII no hizo sufrir a la ciudad). Todo ello vino a encarnar en Savonarola. El «popolo minuto» comenzó a su lado: era el azote de los Medicis, era el acusador de la Iglesia Romana que estaba en plena corrupción. Savonarola no era solamente un iluminado: era un hombre culto, cuyos sermones están llenos de erudición y conocimiento —aunque siempre se halla retenido la parte de flagelo, de crítica, de azote de Dios— y era un político. Cayeron los Medicis, la República se instauró en Florencia, las clases medias recuperaron parte de su poder, mientras los antiguos oligarcas pasaban un cierto miedo. Pero Savonarola no tuvo ninguna contención: fue brutal en los castigos y las torturas, implacable en las persecuciones. Movilizó a los niños y los convirtió en policías. Los hogares estaban espiados, las costumbres castigadas: los libros ardían en las Piras de la Virtud y las cárceles se llenaban. Es decir, en un momento de crisis se había producido un fascismo. Una involución, como decimos ahora.

Que no duró excesivamente. Estaba fuera de

su tiempo. Utilizando también el vocabulario de ahora, puede decirse que estaba en contra «del sentido de la historia». En realidad, la tolerancia de la sociedad, la liberalización de la Iglesia, la apertura a nuevas formas de convivencia, estaban entroncadas con todo un gran movimiento universal, lo que hoy llamamos Renacimiento. El «popolo minuto» se dio pronto cuenta de que no salía de su hambre, y además estaba privado de otras libertades. Los ejércitos extranjeros seguían en Italia, la peste volvía intermitentemente —parece que las ratas y otros portadores no se sometían a la política— y la sífilis se extendía de la misma manera con Savonarola que sin él; y ambas enfermedades seguían respetando más —por razones de higiene, de vivienda, de alimentación— a las clases pudientes que a las menudas.

El final de Savonarola tiene algunos de los rasgos de comicidad propios de la época que aparecen en la obra, y algunos más. Solamente que el predicador franciscano que se opuso al dominico Savonarola era más inteligente y más dirigido por su orden y por la oligarquía que en la anécdota escénica de Sa-

lacrou. La historia real del famoso «juicio de Dios» es al mismo tiempo de una gran imbecilidad y de una finura teológica: acerca de si los dos sometidos al fuego que debía aclarar la razón final debían portar o no al Santísimo Sacramento. En realidad, eran subterfugios de las dos órdenes para alargar el plazo: ambas estaban seguras de que sus campeones serían absolutamente abrasados, independientemente del dudoso juicio de Dios sobre este episodio. El plazo se alargó, mientras se esperaba la lluvia que apagaría la hoguera; esto sirvió para salvar la vida de los dos frailes, el franciscano y el dominico que representaba a Savonarola, pero redundó en perjuicio de éste. Su magia cayó y fue detenido, largamente torturado y finalmente quemado vivo. Lo que vemos hoy en el escenario del María Guerrero tiene escasamente que ver con esta historia, a no ser la pura cáscara. Pero tiene valores propios. Tiene los del lenguaje, desde las «mots d'auteur» de Salacrou hasta la intención sarcástica y coloquial de Máximo; tiene la identificación de los defensores de Cristo Rey, y la crítica y caricatura de la salvación a la fuerza. ■ E. H. T. (Fotos de «La Tierra es redonda»: Manuel Martínez Muñoz).



Lo que hoy podemos ver en el madrileño Teatro María Guerrero, poca relación guarda con la auténtica historia de Savonarola. Pero «La Tierra es redonda» —de nuevo en la imagen— tiene valores propios: el lenguaje de Armand Salacrou traducido por el humorista Máximo, la identificación de los defensores de Cristo Rey, su poder crítico...